



ÉRASE UNA VEZ UN REY... cuadro por R. Hohenberg

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—LA EXPOSICION DE AMSTERDAM, por don Pompeyo Gener.—NUESTROS GRABADOS.—LAS CASTAÑUELAS DE PEPA (continuación), por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—SIEMPRE LA VERDAD, por don Eduardo de Palacio.—LO INMORTAL, por don J. Ortega Munilla.—

GRABADOS.—ERASE UNA VEZ UN REY... cuadro por R. Hohenberg.—MUERTE DE ARQUÍMEDES, cuadro por N. Barabino.—RECREOS ACUÁTICOS EN NORUEGA, cuadro por H. Dahl.—LA CASTELLANA, cuadro por C. Probst.—Lámina suelta: UN BAILE DE CANDIL, dibujo por J. Llovera.

REVISTA DE MADRID

Los timos del Saladero.—El estafador y el estafado.—¿Quién engañará a quién?—¡O tonto ó bribón!—El ardid de la chaqueta.—Mujeres cogidas en el garlito.—La electricidad y el gas.—Las corrientes del gobernador.—El entierro de una bailarina.

¡Todos los años produce efecto! El ardid es ya tradicional en el Saladero. Las personas honradas tenemos nuestras costumbres anuales que por nada del mundo alteraríamos.

Los criminales del Saladero tienen también su rutina, su institucion para atraer con engaño el dinero de las personas, que, si no se hallan encerradas entre cuatro paredes, no es indudablemente porque no tengan merecimientos para ello.

Esa rutina, esa institucion, esa costumbre tradicional española se llama *timo*.

Podríamos sencillamente dejar de ocuparnos en esa treta criminal que se reproduce cuanto más se persigue, y que es casi una muestra en el orden moral de la fecundidad con que en el orden físico suelen presentarse ciertos fenómenos de la vida de los organismos; pero es necesario de vez en cuando fijar la atención en esos por menores arrojando sobre ellos de pasada un rayo de luz, aunque por la reciente prohibición del Gobernador no pueda ser luz eléctrica.

Nunca he podido yo deslindar claramente en eso que llaman *timo* dónde se halla la frontera de la virtud y en qué punto empieza el terreno del delito.

Salvo algunos casos de verdadera inocencia por parte del que recibe cartuchos de plomo en vez de cartuchos de monedas de oro, casi siempre el que resulta engañado en esa estafa de procedimiento puramente español y esencialmente madrileño ha tenido al hacer el trato sus purtas de malicia y sus ribetes de truhanería.

En este país de Monipodios y Rinconetes acostumbra cierta gente á poner el grito en el cielo cuando una Doña Baldomera, por ejemplo, no continúa haciéndose cómplice de su sordida avaricia y de su inmoderado afán de lucro, ó cuando en lucha de perfidia con un timador éste es quien carga á la vez con el santo y la limosna.

Cada vez que leo yo la relacion de un timo—y esta es una muletilla de todos los días, que se repite con la seguridad de la salida del sol, ó con la fijeza del cambio de estaciones—digo para mis adentros:

—¡O es un tonto, ó es un bribón el estafado!

* *

Dejemos al tonto, que en su propia necedad lleva el castigo, y vengamos á los bribones.

Lo he dicho antes; una de las tradiciones que reinan con mayor convicción en el Saladero es la de la *chaqueta*.

Si en ese palacio de los delitos hubiese una constitucion interior para régimen de los hospedados, uno de los primeros artículos diría así:

«Queda reconocido como indiscutible é inalienable el *timo de la chaqueta*»

Ese timo consiste en lo siguiente:

Se escriben en el Saladero varias cartas que una persona amiga se encarga de dejar caer como si fueran perdidas, por las calles y plazas.

Las cartas suelen ir dirigidas á la parienta de un preso y dicen en sustancia esto:

«Tráeme una chaqueta para que me la pueda poner en lugar de la levita que llevo. Tiene guardados unos miles de reales en billetes de banco entre el forro y la tela. Estarán más seguros en tu poder que en el mío; pues me los robarían si álguien oliera que llevo esta cantidad encima. Yo tengo bastante con que me traigas tal cantidad, y si acaso despues me hace falta más, ya me irás enviando lo que necesite, etc., etc.»

Días atrás se escribieron multitud de cartas por este estilo y fueron esparcidas por las calles.

¡Surtieron su efecto!

Pocas horas despues entraban sucesivamente en el Saladero muchas mujeres, cada una de ellas con una chaqueta en la mano.

Todas preguntaban por el firmante de la carta y decían ir de parte de su *hermana* á llevar tal cantidad y á entregar la chaqueta con encargo de llevarse la levita.

El timo se descubrió á tiempo, y ni los bribones de dentro ni los de fuera del Saladero realizaron su propósito.

Preguntas:—¿Qué hubiera V. hecho con las mujeres susodichas?

Respuesta:—¡Dejarlas en el Saladero!

* *

Hemos estado á oscuras; porque oscuridad llamo yo á quedarnos unos días sin luz eléctrica.

Hé ahí que de repente se apagó una noche el alumbrado del Buen Retiro y el señor Gobernador ha dispuesto que no se vuelvan á encender las lámparas de electricidad mientras una comision facultativa no determine las condiciones de salud ó de buen estado de la máquina que produce la corriente.

Estoy viendo á esa comision facultativa recorrer los conductores aéreos, pararse ante las lámparas, examinar las máquinas *dinamo* y tomar el pulso á los reguladores. ¿Y qué dirá despues? ¿Hay nadie que pueda asegurar la luz eléctrica en condiciones inalterables?

Un simple defecto en una correa puede producir interrupcion de corriente. La luz eléctrica se halla expuesta á mil accidentes. Mientras se tenga que ir produciendo á medida que se va gastando será imposible responder en absoluto de su fijeza.

Por esto hoy la luz eléctrica no domina aún por completo. En el mismo Prado de Madrid cuando arden las lámparas Siemens brillan también junto á ellas los pálidos faroles de gas como un reflejo del pasado.

Siempre que veo esas luces dispuestas á suplir los defectos de la luz eléctrica pienso en esos jefes de familias acrobáticas de los circos ecuestres, los cuales mientras que sus hijos hacen maravillas en lo alto de una percha ó en los peldaños de una escalera, permanecen con la vista puesta en los artistas y dispuestos á tenderles los brazos si alguna falta de equilibrio los derribara.

¡La luz del gas es hoy por hoy la red de la luz eléctrica!

Pero esto no quiere decir que yo opine como el señor Gobernador. Me permito ser de opinion contraria. Yo en su lugar no habria prohibido el alumbrado eléctrico.

Es más; creo que se convencerá de que no ha estado del todo razonable... y desistirá de su acuerdo.

Pero dirá el gobernador:

—¿He suprimido con gran éxito la *Estrella* (fábrica de bugías) y no he de poder suprimir la luz eléctrica?

Por regla general las corrientes de la opinion suelen estar de parte del Conde de Xiquena. Mas por esta vez, ha habido excepcion: las corrientes se inclinan del lado de la *corriente eléctrica*.

* *

Una manifestacion de un género nuevo.

Es el entierro de una bailarina.

Vino de Italia con objeto de trabajar en el *Excelsior*. Aquí la ha sorprendido el tífus llevándola al sepulcro en pocos días.

Casi todo el personal del teatro de la zarzuela acompañó á la infeliz bailarina al cementerio.

Era un espectáculo tierno, sensible, conmovedor.

La musa *Terpsicore* se vistió de luto.

Algunos creyeron al principio que el cortejo fúnebre no era otra cosa que un reclamo de Arderius en favor del espectáculo teatral que está preparando.

Cuando yo esperaba que el cortejo fúnebre, compuesto de bailarinas, en su mayor parte, empezara á dar piruetas junto á la puerta de Bilbao, y creía que la tapa del féretro se levantaría surgiendo de allí una bailarina en forma de mariposa con un rótulo que dijese: ¡*Excelsior*!

Cuando todo esto esperaba repito, hube de convencerme al fin de que la triste comitiva no era una ficcion.

La pobre Ana Mecherini habia hallado la muerte léjos de su país y ántes de que el entusiasta público madrileño la tributara aclamaciones y palmadas.

—¡Poverina!... ¡poverina!—decían sus compañeras.

La pobre artista ha realizado su *Excelsior*. Ha subido al cielo... ¿porqué no? Olvidemos aquello de

¡Oh! jóvenes que estás bailando
etc., etc., etc.

No me cabe duda. ¡A estas fechas, Ana Mecherini es primera bailarina en el cuerpo de baile del *Empireo*!

PEDRO BOFILL

Madrid 25 agosto de 1883

LA EXPOSICION DE AMSTERDAM

La Exposicion, Parque y galería central.—Galerías de seccion.—Uniformidad de las naciones europeas.—Distinciones.—*Holanda*, su utilitarismo práctico diferente del americano.—*Bélgica*, arte aplicado á las necesidades de la vida.—Industria y máquinas.

El gran edificio de la exposicion está en medio de un extenso parque recientemente formado sobre las derivaciones de un canal. En este gran parque hay multitud de pabellones, edificios, barracas y construcciones de todo género; allí están la exposicion de bellas artes, la de las colonias holandesas, y los tipos ó modelos de las viviendas características de todas las colonias de las naciones que han tomado parte en este gran certámen, así como el comité de la prensa, la sala de conciertos, cafés, restaurantes, bodegas, cervecerías, tabernas, máquinas de grandes dimensiones, cercados, campamentos de salvajes, pabellones de ciencias orientales, el *gamalan* de las danzas indígenas, etc., etc.

Al entrar en el gran edificio, inmediatamente despues de haber pasado el vestibulo, se encuentra uno en la galería central del palacio de la Exposicion; esta divide á lo largo el interior del edificio en dos partes iguales; á ella van á parar, perpendicularmente, otras galerías, cada una de las cuales pertenece á una nacion distinta.

La gran arteria central está llena de chalets, pabellones, kioscos, columnas, estatuas, escaparates y monumentos de todas formas y estilos. De la techumbre, mezcla de nave de iglesia y de artesonado suizo, penden banderas, oriflamas, gallardetes, é insignias de todos los países. En los resaltos de la cornisa descuelan pendones de brocatel, damasco ó terciopelo, en cada uno de los cuales se ve representada la imagen de un inventor, ó de un genio de los que han sido gloria del linaje humano.

Si avanzamos por la galería central hasta llegar á la Nueva Gales, á la India inglesa ó al Japon, podremos observar un fenómeno asaz curioso, y es que todas las galerías secundarias que en ella desembocan parecen pertenecer á una sola nacion; tanta es la uniformidad de todos los productos presentados por los distintos estados europeos que aquí han concurrido. La civilizacion fundiendo las costumbres ha uniformado las industrias y las artes. No obstante, inspeccionando detenidamente las galerías laterales, véase alguna diferencia, que iremos haciendo notar.

La seccion Neerlandesa es la primera que se encuentra. A su entrada vense los guardias reales con su levita y pantalon azul y con su alto chacó, uniforme un tanto anticuado, guarnecido con vivos galones de color de naranja, que es el del blason real, de la casa de Orange; termina la seccion en una verja ó cancela monumental de estilo plateresco español de lo más puro, tanto, que se podria sospechar si sus rejas habian sido forjadas por Ivan Gomez de Toledo y sus bajos relieves fueron tallados en madera por el Berruguete ó Cano.

Y no nos equivocamos al juzgarla así, pues es la reproduccion exacta de la célebre verja del museo episcopal de Utrecht, que el emperador Carlos V mandó construir por artistas españoles.

Lo que se encierra entre dicha verja de separacion y la puerta de entrada, ofrece un carácter sobrado particular. Todo en la seccion neerlandesa está inspirado por un utilitarismo práctico, algo á la americana. Y decimos algo, porque lo que distingue á los norte-americanos es un utilitarismo del momento, trivial, que no atiende á la serie de las cosas, ni al porvenir; utilitarismo del momento, propio de gentes que viven al día y que prefieren la cantidad á la calidad. El utilitarismo americano tiende á satisfacer la necesidad produciendo barato. El holandés manifiesta en esta tendencia algo superior que le diferencia de aquel; en sus inventos, en sus industrias propende á satisfacer la necesidad, pero de una manera adaptada á cada individualidad, y sin prescindir del elemento artístico. Así sus objetos no son feos ni toscos ó como de munición tal cual suelen serlo los de Norte-América; sino llenos de carácter y en ciertas ocasiones, hasta de buen gusto. Lo confortable está representado por mil industrias distintas en esta seccion. Preséntanse en ella interiores de casa, como no hayamos visto en ninguna otra exposicion. Sobresalen los muebles de madera tallada estilo Renacimiento y gótico. Los tapices han llegado aquí á gran altura, demostrando que han sabido conservar, mejorándola, su tradicion. La pintura decorativa está bien entendida por demás; prodigioso es lo que nos presentan en loza de Delft. Las antiguas vajillas, los azulejos decorativos, los cuadros de paisaje y aún históricos, las chimeneas para salones, todo está ejecutado con el mayor buen gusto, tendiendo á desprenderse de ese barroquismo chinesco que habia invadido el Delft á principios del siglo XVIII.

Como artículos de importacion, figuran por la Holanda, cafés, tés, cacao y tabacos á más de otros productos como son materias textiles, aceites, etc. Sólo que en esto el orgullo nacional les ha cegado, pues si bien los tés de sus colonias indias son superiores, los cafés son muy medianos y los tabacos detestables. Así lo han comprendido ellos, y en los comercios y tabaquerías los presentan con etiquetas de Cuba ó de Manila para hacerlos pasar, lo cual es altamente censurable, no sólo para los que hacen tal falsificacion sino para las autoridades que lo permiten.

Como productos de exportacion á más de los generales de las industrias ya citadas, figuran un sin fin de tejidos imitacion de los de Indias, desde la indiana al cachemir, para el uso de los indígenas de las colonias Neerlandesas, á los cuales los holandeses, como decia cierto economista inglés, tratan de enseñar el cristianismo para que adquieran la idea del pudor, y así consuman mayor cantidad de telas de sus fábricas.

Unos guardias de á caballo, vestidos con un dorman verde con cordones y alamares amarillos, y cuyo colbak de largo y sedoso pelo ostenta un plumero amarillo, rojo y negro, nos advierten que estamos en la seccion belga.

En esta predomina, lo mismo el arte en su más alta acepcion que la industria en su desarrollo científico máximo.

El arte del decorado está representado en esta galería con un carácter y una perfeccion que ignoran los franceses. Los belgas han partido del arte hispano-flamenco del siglo XVI para realizar todos los prodigios de buen gusto en el *confort* moderno.

Los salones, los cuartos de estudio, las salas de recepcion, los comedores, los estrados que ellos han presentado, son verdaderas maravillas. Vese unido á todas las utilidades serias, un arte que sólo puede compararse al de los mejores monumentos de Sevilla y de Toledo.

Han forjado el hierro, haciendo con él todo lo imaginable, desde arañas, lámparas, candelabros y faroles, hasta verjas, escudos de armas, y muestras ó emblemas de establecimientos. Han repujado el cobre presentándonos

toda clase de vasos de adorno. Han embutido, pintado y metalizado el cuero, cual lo hicieran los mejores guadalquiviranos de Córdoba; han esmaltado la mayólica como en Italia y Valencia. Han tallado la madera haciendo con ella muebles que son verdaderos monumentos. La piedra se ha animado bajo sus cincelos y en todo esto los modernos flamencos, con un verdadero sentido filosófico del arte, han sabido adaptarlo todo al medio y al clima, dando además á cada objeto el carácter y estilo que su material requiere. Así el hierro forjado no nos parece madera ni la madera piedra, ni ésta pierde en sus labrados y esculturas el carácter de tal.

Lo mismo pasa con sus tapices, cueros y pinturas decorativas.

No son cual cuadros que presentándonos de bulto los objetos y lejanas las perspectivas, nos agujerean la pared y los techos en que se colocan.

Los belgas, con un pleno sentimiento del decorado, empleando medias tintas, por medio de contrastes graduales y de unos tonos medios, generales, armónicos, han sabido hacer continuar la pared, el lienzo ó el techo de manera que presentándonos una escena ó un paisaje no nos quiten la idea de que aquello forma parte de una habitación.

Por lo que toca á maquinaria han superado á los alemanes y á los yankees. Sus wagones, sus locomotoras de ferrocarril y de tranvía, sus rails, sus máquinas de vapor aplicables á mil industrias diversas, sus martinets de forjar hierro, sus batanes de hacer papel, no tienen competencia posible. A más ha presentado Bélgica dos nuevos sistemas de alumbrado, un plan de instrucción pública, otro de trasportes á gran velocidad, otro de carreteras ferradas, y en fin una multitud de inventos útiles.

Continuaremos en la próxima correspondencia.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

ÉRASE UNA VEZ UN REY...
cuadro por R. Hohenberg

Tal es el título que ha dado el autor de este bonito cuadro á su obra, y en verdad que no puede ser más expresivo. Una respetable y bondadosa anciana ha congregado en torno suyo á sus netezuelos, y logra que den un momento de tregua á sus bulliciosas travesuras, cautivando su atención con uno de esos entretenidos cuentos de que tan abundante acopio suelen hacer las abuelas. El artista ha representado la escena y los personajes en un período de la Edad media; pero esto es accidental, pues mientras el mundo exista ni faltarán abuelas que de tal modo distraigan á sus nietos, ni nietos que las escuchen embelesados, ni cuentos en que los protagonistas sean un rey con tres hijas, número indispensable, las dos mayores altaneras y soberbias, y la pequeña linda, rubia, bondadosa y principal heroína del cuento. El cuadro de Hohenberg es una escena del hogar doméstico en la que todos hemos sido protagonistas, y que seguramente nadie dejará de recordar con esa melancólica complacencia con la que se trae á la memoria un bien perdido.

MUERTE DE ARQUÍMEDES
cuadro por N. Barabino

El año 287 antes de la Era vulgar nació en Siracusa aquel que en Siracusa debía ser sacrificado, dejando al mundo una reputación, no sólo de gran ciudadano, sino de ser el primer geómetra de la antigüedad. Cuarenta grandes inventos mecánicos le atribuían sus contemporáneos: la mayor parte nos son desconocidos; mas por alguno que ha llegado hasta nosotros y se emplea aún hoy día, como por ejemplo cierta máquina para extracción y elevación de agua, es fácil comprender que la inteligencia de Arquímedes debía ser de primera fuerza.

—Dadme un punto de apoyo—decía una vez—y me empeño á levantar el mundo;—con lo cual dió á comprender la confianza que le inspiraba lo que hoy es considerado verdad fundamental en mecánica, ó sea que con una pequeña fuerza activa puede impulsarse una masa enorme.

Cuando Marcelo, general romano, sitió á Siracusa, lo hizo con tantas máquinas de guerra que la ciudad hubiera debido ser tomada mucho antes de lo que lo fué, á no ser por la energía y talento con que la defendió Arquímedes. Cuéntase de esa defensa que para destruir, como fué destruida en parte, la flota sitiadora, inventó Arquímedes un aparato de espejos combinados, que recogiendo en un gran foco una masa considerable de calor solar, lo irradiase contra los buques enemigos hasta producir su incendio. A pesar de las noticias que respecto de este hecho dieron algunos autores antiguos, entre ellos Tzetzes y Zonaras, fué negado por muchos sabios modernos, entre ellos Descartes, como de imposible ejecución; hasta tanto que los experimentos del P. Kircher, y muy especialmente los de Buffon, demostraron la posibilidad de producir por tal sistema un incendio á regular distancia.

Siracusa, empero, sucumbió: asaltáronla los romanos con valor y buena suerte, y aún cuando Marcelo había dado orden de respetar á Arquímedes, cuyo gran mérito le era conocido, el famoso geómetra pereció á manos de un soldado ebrio de sangre, ignorante de quién era su víctima.

Arquímedes, absorbido en la resolución de un problema, ni siquiera se apercebía del peligro que le amenazaba. Esta especie de abstracción era en él muy frecuente. No

parece sino que sus sentidos tenían el privilegio de desprenderse de la materia y remontarse efectivamente á esas esferas, cuyos secretos iba revelando al mundo.

RECREOS ACUÁTICOS EN NORUEGA
cuadro por H. Dahl

Si es verdad que las jóvenes noruegas se recrean tal como pinta este cuadro, digo ser exacto aquello de haber gustos que merecen palos. Y si alguna vez la suerte nos conduce á ese país, rogamus de antemano á sus hospitalarios moradores que prescindan con nosotros de tan conmovedor agasajo.

Eso de meterse dentro de un lanchon, convirtiéndole en columpio movido por las encrespadas olas, podrá ser muy poético, pero dudo que encuentre muchos imitadores fuera de Noruega. Si la caza, por ser imagen de la guerra, tiene ya para nosotros muy dudosos atractivos, ¿qué será ese recreo que tiene todos los honores de un naufragio?

Esto no impide que el cuadro de Dahl sea bellissimo, y á pesar de nuestra repugnancia por el ejercicio que representa, gustáramos de ver, en la inmensidad del mar, á la luz de la plateada luna, á una de esas jóvenes valerosas, que deben tomar á los ojos de la imaginación acalorada la forma de una aparición fantástica, de una de esas hadas de que están poéticamente poblados los bosques y las aguas, los castillos y los jardines de las tierras del Norte.

LA CASTELLANA, cuadro por C. Probst

Por más que algunos poetas románticos, de acuerdo con esos arqueólogos que todo lo encuentran precioso con tal que cuente siglos de antigüedad, hayan tratado de describirnos como muy agradable y entretenida la vida de la mujer poco menos que encarcelada en esos nidos de águila que se llaman, ó se llamaban, castillos feudales; ello es que, por lo que sabemos de positivo, las castellanas debían aburrirse de lo lindo, por más linajudas ó blasonadas que fuesen.

Hijas, esposas ó hermanas de algun señor, cuya mejor distracción era talar las propiedades de un vecino empingorotado, por el simple gusto de andar á la greña con el ofendido; sin más distracción que las místicas lecturas del capellan ó de tarde en tarde los rústicos versos de algun trovador algo menos simpático que el del drama de García Gutiérrez ó los de las novelas de Walter Scott, ¿qué habian de hacer esas pobres mujeres sino bordar bandos para los torneos ó educar palomas, como la de nuestro cuadro?

Por regla general, la educación de las aves ó de algunas alimañas refractarias al trato del hombre, es distracción propia de solitarios y aburridos, como por ejemplo eremitanos, prisioneros y castellanas fastidiadas. El que carece de toda suerte de pasatiempos, encuentra en sí mismo una dosis de paciencia de que nunca se sintiera capaz á poder ocupar sus sentidos en algo realmente más ameno y variado.

El autor de nuestro cuadro, que sin duda lo ha comprendido así, ha tenido el buen acierto de pintar en la fisonomía de la protagonista las huellas del fastidio.

Las palomas que vienen á recoger el grano que les arroja su mano generosa, la hacen pensar forzosamente en una libertad de que ella carece, en un espacio que para ella no existe, en unos paisajes distintos de los que se descubren desde las ventanas de su castillo, y quizás en unos afectos dulces, tiernos, correspondidos, que ella ¡ay! no sentirá, ni siquiera inspirará á ninguno de sus semejantes.

Hay que confesarlo: el gran triunfo de la civilización lo ha reportado especialmente la mitad bella del género humano.

UN BAILE DE CANDIL, dibujo por J. Llovera

En dos cosas esenciales se conocen los diversos pueblos del mundo, en su idioma y en sus bailes. Estos últimos son más peculiares á cada nación, y aún á cada provincia, que el mismo idioma de sus hijos. Así, por ejemplo, se habla español en muchos Estados de América; y sin embargo, el español y el americano tienen sus bailes esencialmente distintos, tan distintos como lo es el tango del Boloro. Francia ha impuesto sus modas al mundo; es un imperio que no destruirán ni Bismarck ni Moltke; á pesar de lo cual, París no ha podido imponer su can-can á los extranjeros. El baile es la parte más típica é inimitable de un pueblo.

Un alemán podrá hablar el inglés como el más encoquetado lord corregidor de la babilónica Londres; un francés podrá expresarse en español con la pureza de Cervantes y el acento de un vallisoletano.... Lo que no hará el alemán es bailar una danza inglesa, ó el francés una española, sin descubrir la hilaza extranjera.

Siendo esto así, una escena de baile popular ha de presentar en su conjunto un aspecto distinto en cada país y por él vendremos á conocer la fisonomía más característica de cada pueblo. Quien en París asistiera á la *Chaumière* ó al *Casino* comprendería el temperamento dominante en Francia, ligero, sensual y nada hipócrita en las manifestaciones públicas de ese sensualismo.

Pues bien, un baile de candil á principios de este siglo daba una perfecta idea del carácter del pueblo castellano en aquella época. Y decimos con intención en aquella época, porque en la nuestra ya no hay candiles sino gas, y de esos bailes característicos del país de pan y toros apenas quedan ejemplares en el escenario de algun teatro y en el lienzo de algun pintor.

Llovera, que tiene afición decidida por la manolera

del tiempo de Carlos IV y Fernando VII, no podía dejar sin reproducir ese asunto, muy á propósito para su lápiz. El baile de candil que ha dibujado no es un baile de medio pelo, antes bien la sala alberga á toda la aristocracia de Lavapiés y el Rastro. Ahí están, vestidas de gala, las damas que tostaban castañas en el Barquillo y las princesas que freían buñuelos en el Prado; en la distinguida compañía de los que escoltaban la cuadrilla desde la Puerta de Alcalá á la Plaza de Toros, ó esperaban el maná de cada día fumando tranquilamente en una esquina de la de la Cebada.

Esos tipos, esas costumbres no pueden confundirse; como no puede confundirse un cuadro de Goya, en cuya escuela se ha inspirado sin duda el señor Llovera.

LAS CASTAÑUELAS DE PEPA

(Continuación)

Las castañuelas seguían repicando.

Otra voz gitana, pero no tan expresiva, no tan poderosa como la de Pepa, cantaba:

La fila de mi chavala
tiene el yaque de *lendivel*
la *chimutre* de la *aracni*
se embleja cuando la ve.

—¡Ah! exclamó D. Juan: ¿qué quiere decir la copla que ha cantado esa joven?

—Mire su mercé, esa copla se la ha cantado la *Braquini*, que es muy querenciosa, á mi hija, y quiere decir; oiga su mercé, voy á ver si hago yo la copla de modo y de manera que su mercé la entienda.

Y despues de haber meditado un breve espacio el tío Labrito improvisó la siguiente traducción:

La cara de mi chiquilla
como el fuego de Dios es,
y la luna de la noche
se apaga cuando la ve.

—¡Ah, sí! el fuego de Dios en la hermosura, y en las castañuelas el poder de Satanás, dijo D. Juan, despues de lo cual cayó en una especie de aniquilamiento.

Al acabarse la segunda copla, cesó el repique de las castañuelas.

A poco salieron de la cueva dos mujeres cargadas con colchones y ropas de cama, y adelantando hácia el puente lo atravesaron en dirección al cármén.

XIII

D. Juan seguía en su abismamiento.

El tío Labrito dejó ver todo lo enorme de su boca en un largo bostezo.

Habia llegado á ese momento en que la embriaguez entorpece la lengua y pesa en los ojos.

Al fin dobló la cabeza sobre el pecho y un ruidoso é insistente ronquido demostró que dormía.

D. Juan no dormía, pero soñaba.

Pepa se idealizaba, se trasfiguraba en su pensamiento.

Adquiría un prestigio divino.

Absorbía el sér entero, de aquel pobre sér que parecía no estar muy en el uso de su razón.

Tal vez lo que en él tenía algo del carácter de la locura era el resultado de una impresionabilidad irritada y hambrienta.

Algo que pudiera llamarse fiebre del corazón.

Adormilado el gitano vaciló y estuvo á punto de venir al suelo.

Despertó por lo brusco del movimiento, se reholizó, recobró el equilibrio y dijo, poniéndose trabajosamente de pié, y con la lengua gorda y torpe:

—¡Esto es bueno! parece que todo yo soy de vendos: vamos, señor D. Juan, cada mochuelo á su olivo y hasta mañana: buenas noches nos dé Dios.

D. Juan no le contestó.

Estaba de todo punto abstraído.

El gitano con grandes trabajos, gambaleando ya á la derecha ya á la izquierda, se entró en la cueva.

Cuando se rehizo D. Juan de su abstracción se encontró solo.

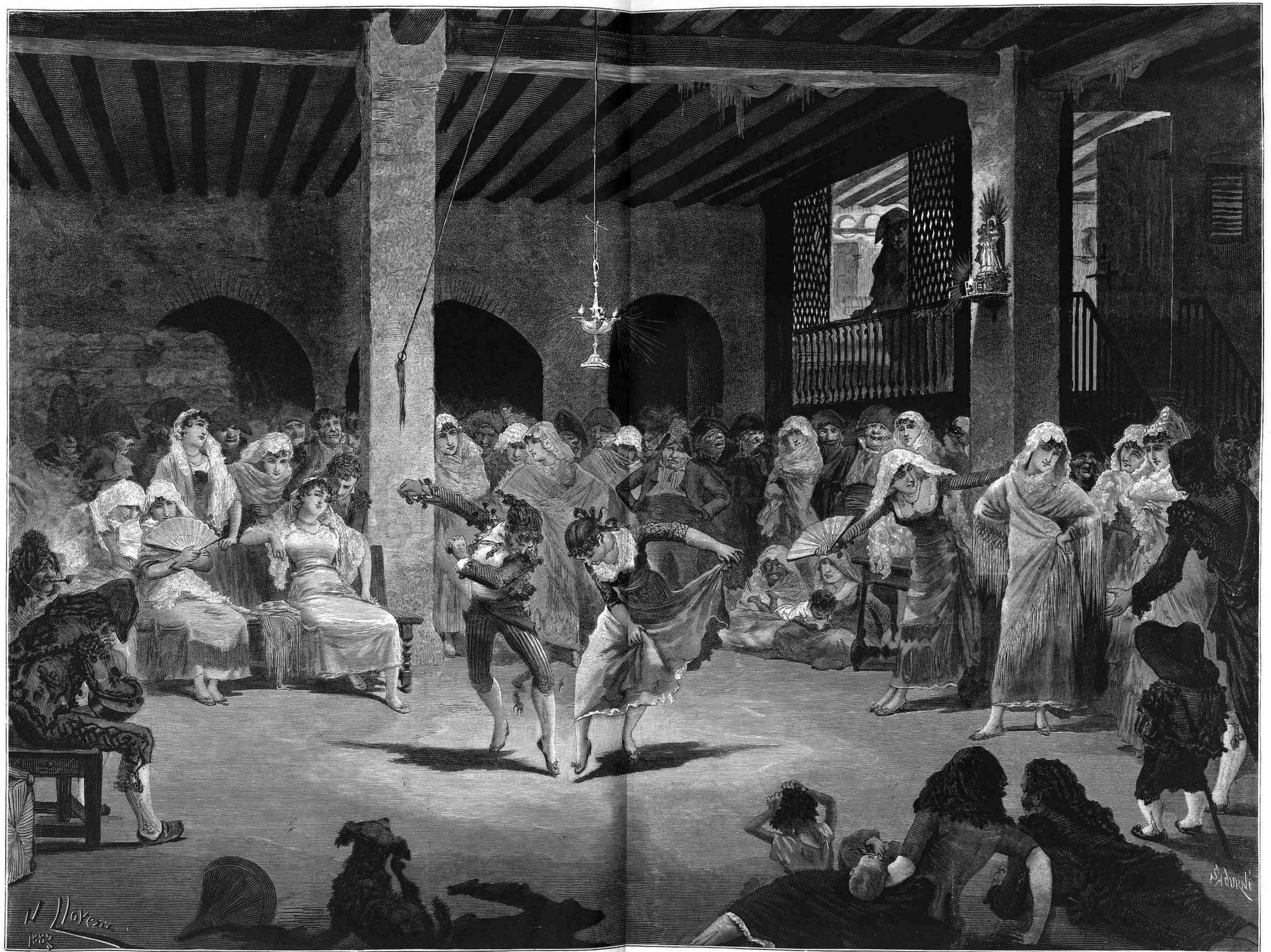
Se pasó las manos por la frente.

Miró en torno suyo, como si le hubiera parecido extraño el lugar en que se encontraba.

—¡Ah sí! exclamó al fin: ¡esta laxitud de mi ser! ¡esta debilidad! ¡esta impresionabilidad! ¡mis sueños! ¡mi hastío de la vida! y ¡esa aparición imprevista! ¡esa criatura que yo creo haber visto siempre, haber amado siempre! ¡misterio de la esencia y de las facultades de nuestro espíritu! ¡la atracción de las almas! ¿y quién se explica esto? ¡yo la sentía sí; yo adoraba un sér invisible! Cuando me llamaron y me dijeron que tenía ó había tenido un tío que yo no había conocido, que ese tío había muerto en Gra-



MUERTE DE ARQUÍMEDES, cuadro por N. Barabino



BAILE DE CANDIL, DIBUJO POR J. LLOVERA



RECREOS ACUÁTICOS EN NORUEGA, cuadro por H. Dahl

nada instituyéndome su heredero universal, yo sentí una alegría íntima, una como bienaventuranza, un sentimiento que no pueden causar todas las riquezas del mundo! era que la presentia: era que me acercaba á ella! ¡y cuánto he sufrido hasta que un amigo piadoso, una buena alma me ha procurado siendo mi fiador un préstamo para poder venir en *tercera* á Granada! ¡con cuánta impaciencia, sin saber de qué, he sufrido las veinte horas largas del camino! ¡con qué ansia apenas llegado he buscado al escribano! ¡con qué perturbacion he subido esas largas cuevas! ¡con qué especie de embriaguez he descendido desde el camino por estos agrios senderos! ¡era que me acercaba á ella! ¡y de improviso esas castañuelas terribles! ¡la reconocí, su alma, esa alma adorada que hace tanto tiempo se ha refundido con la mía se exhalaba en el sonido de las castañuelas! ¡Oh y si todo esto no fuera más que el resultado de una sobrexcitacion mia! ¡El espiritismo! ¡el magnetismo! ¡las influencias! ¡la metafísica con sus hipótesis esplendentes! ¡lo infinito del espíritu! ¡el hombre universal! ¡El hombre Dios! ¡la locura que engaña ó la verdad que enloquece! ¿quién sabe?

XIV

D. Juan dejó de hablar consigo mismo y escuchó como si hubiera esperado que obedeciendo á la evocacion de su deseo surgiera de en medio del silencio algo que le revelase el ser de Pepa.

Le ardía la frente.

Aspiraba con ansia el fresco y perfumado aire que corría por las angosturas, como si hubiera estado próximo á asfixiarse.

Un esfuerzo sobre sí mismo le puso más en relacion con la realidad que le rodeaba.

Sintió una especie de consuelo.

No podía darse una noche más hermosa, más poética, más melancólica que aquella en aquellos lugares.

Sus ojos fosforescentes en los que relumbraba la luna, iban apareciendo menos sombríos.

Se oyeron al otro lado del puente de una manera indeterminada las sonoras y casi infantiles voces de dos muchachas; luego dos alegres carcajadas; luego una de las juveniles voces que decía entre risas:

—¡Pira (corre) gindoñí (cobarde); ¡que te loyara (coge) el barundo (duende); ¡hazle la trejü! (cruz).

Eran María la *Braquianí* y Paca la *Reché* que habian dispuesto la cama de D. Juan y venian corriendo.

Eran dos hermosas morenas, cuya hermosura á pesar de ser incitante no podía ni con mucho compararse á la de Pepa.

—¡Vamos! dijo la Paca, recogiendo en una chispeante mirada de sus hermosos ojos negros á D. Juan: ya tiene su mercé echa la cama y bien mullida que de sólo verla da sueño; que Dios le dé á su mercé muy buenas noches.

—Dios os lo pague, niñas, dijo D. Juan.

—No hay porqué, señor, dijo María: ahí le hemos dejado á su mercé luz: y mire su mercé que hay duende: si su mercé oye algo no se asuste, que el duende no hace daño.

Y las dos se metieron en la cueva.

Cerraron la puerta.

D. Juan sintió que echaban la llave, que corrían el cerrojo y que además atrancaban.

Entonces más que nunca, solo consigo mismo, en medio de un silencio que sólo rompían de una manera dulce y monótona, el rumor de la corriente del río allá en su hondura y el zumbido de las hojas de los árboles movidas por un viento fresco y perfumado, sintiendo el efecto fantástico del claro oscuro determinado por la luz de la luna en las bellas accidentaciones de aquel encantador paisaje, viendo desde la hondura sobre las siluetas de los cerros la inmensidad del firmamento con el centelleo de las estrellas en su misteriosa penumbra, se sintió más y más poseído por aquella realizacion inesperada en una mujer de los sueños de su alma ansiosa de amor.

La trasfiguró más y más en su fantasía.

Pepa acabó de hacerse su Dios.

Un enlanguidecimiento irresistible se apoderó de él.

Arrojó una mirada candente á la puerta de la cueva.

Hubiera querido reducirla á cenizas.

Narcotizar, aniquilar si le hubiera sido posible á lo que le impedía anegar su sér en el sér de Pepa.

Procuraba condensar su fuerza de voluntad, como buscando una fuerza magnética que atrajese á Pepa.

Los libros y las prácticas espiritistas han hecho no sabemos cuántos alucinados, no sabemos cuántos creyentes de las maravillas de la fuerza de voluntad.

Han viciado no sabemos cuántos cerebros.

Si D. Juan no era uno de estos alucinados, de estos locos, estaba por lo ménos contaminado.

Dudaba y pretendía, provocando un fenómeno magnético, esclarecer sus dudas.

Llegar á una demostracion.

XV

Y así permaneció un largo espacio cerca de una de las ventanas enrejadas de madera de la cueva, llamando, procurando atraer con toda su voluntad á Pepa.

Sonaron al fin á lo lejos, como cayendo por las vertientes de los montes, sonoras, graves y pausadas treinta y tres campanadas.

—¡Oh que reloj! exclamó D. Juan, que nunca habia estado en Granada y que no conocía la voz de la campana de la Vela de la alcazaba del castillo de la Alhambra: ¿y porqué no ha sonado hasta ahora? No, no debe ser un reloj: ha sonado treinta y tres veces.

Sin embargo, desde las once de la noche en que da treinta y tres campanadas, hasta las tres de la madrugada, la campana de la Vela es el reloj de los labradores de la vega, que les marca las horas en que pueden disponer de las aguas de las acequias para sus riegos: de las once á las doce da de tiempo en tiempo tres campanadas, una de las doce á la una, dos de la una á las dos, tres, de las dos á las tres, y á las tres otras treinta y tres cesando hasta la noche siguiente.

No sabemos qué efecto causó el sonido de la campana en D. Juan.

La luna además estaba en lo alto del cielo.

Era ya muy tarde.

A pesar de la gimnasia, por decirlo así, de la voluntad de D. Juan, Pepa no habia obedecido á la atraccion.

D. Juan habia sufrido de una manera inconcebible, cada vez que su imaginacion le habia fingido un ruido dentro de la cueva.

El ruido habia cesado.

La reja no se habia abierto.

Nada tan tenaz como un enamorado que sufre y se impacienta en una de estas esperas.

¿Y por qué esperaba D. Juan, si Pepa no le habia dado una cita?

Provocaba, ya lo hemos dicho, un fenómeno del magnetismo, por medio de la fuerza de voluntad.

Pero el fenómeno no aparecía.

En agosto las noches refrescan demasiado y singularmente en las Angosturas del Darro.

Hacia ya tiempo que D. Juan sentia un frio que acabó por incomodarle vivamente.

Su traje aunque á la moda y elegante, era muy ligero.

Uno de esos trajes de verano de lanilla que están de muestra en Madrid en las sastrerías de ropas hechas y que se obtienen por trescientos reales y aun más baratos.

Este era todo el equipaje que D. Juan traía, y una maletilla de mano con alguna ropa blanca que habia dejado en casa del escribano y que éste debía enviarle al día siguiente.

Además de que la ligereza de su traje no le defendía del frio que se habia hecho molesto, el viento habia traído nubes de la sierra, se habia velado la luna, el paisaje ántes tan bello se habia oscurecido, se habia indeterminado tomando un aspecto siniestro y medroso; el viento habia acrecido su violencia, caían algunas gruesas gotas de lluvia y allá á lo lejos, viniendo de las alturas, se oía el estridor del trueno en las profundidades del espacio.

Se venía encima una tormenta de verano.

Los relámpagos de poca fuerza y perezosos al principio, acrecieron rápidamente en intensidad y en brevedad.

El aguacero cayó de repente como una catarata.

Todo esto hizo levantar su asedio, por decirlo así, á D. Juan y le puso en fuga hacia el cármén.

XVI

Al llegar á la extremidad del puente rústico D. Juan sintió como una doble punzadura en la espalda.

Dió un salto instintivo, y aunque la oscuridad se habia hecho casi absoluta, vió ante sí el bulto de un hombre y sin vacilar, por instinto de conservacion, se lanzó á él con una tal rapidez que logró asirle.

D. Juan era vigoroso, y tuvo la fortuna de asir á aquel hombre por la mano derecha.

La indignacion por aquel cobarde atentado cuyo autor no podía ser otro que el gitano que le habia mirado de una manera tan hostil y tan sesgada á su llegada y despues durante la comida; el amor á la vida, los celos, la ira, el miedo, porque no sabia si habia sido herido mortalmente, exacerbaron de

tal manera á D. Juan, aumentaron hasta tal punto sus fuerzas, que oprimiendo como unas tenazas la mano de su enemigo le desarmó.

Sobrevino inmediatamente una lucha cuerpo á cuerpo.

D. Juan era vigoroso y no lo era ménos su contrario.

Luchaba el primero con la fuerza de la desesperacion.

Sentia correr algo tibio á lo largo de su cuerpo.

Aquel algo debía ser sangre.

El otro se esforzaba rabioso, y decía con la voz ronca y terrible y jadeando de fatiga:

—¡No, no, la Pepa no te ha de querer á tí mientras yo viva!

—¡Ah! jeso es que á tí no te quiere! exclamó sordamente D. Juan.

Y redobló sus esfuerzos.

Luchando á cual podía más iban de acá para allá, sin acordarse de que su lucha tenia por terreno el estrecho puente rústico.

De improviso, ambos lanzaron un grito horrible.

Uno de esos gritos de espanto que tienen una extension prodigiosa.

Les habia faltado de improviso el terreno y se habian sentido lanzados en el espacio.

Luchando habian dado contra la feble balastrada de madera del puente; ambos al sentirla habian buscado en ella un punto de apoyo; la balastrada habia faltado y habian caído por la cortadura.

D. Juan se sintió retenido por algo que se doblegaba bajo el peso de su cuerpo, y á la par desahogado de los brazos de su enemigo.

D. Juan se asió á aquel cuerpo que cedía bajo su peso y volvía á elevarse balanceando.

Se habia agarrado á él con las dos manos; era la rama de un árbol.

Se izó con la fuerza de la desesperacion y logró cruzar sus piernas á la misma rama cuyo balanceo se hizo mucho más sensible.

A poca distancia de él oía dominando el ruido del aguacero y el de la corriente que se sentía muy cercana, un rugido como de fiera.

Lució un relámpago, y D. Juan vió durante un segundo que otro hombre estaba asido con ambas manos á otra rama que se balanceaba mucho más que aquella á que él se habia adherido.

A pesar de la breve duracion del relámpago, D. Juan reconoció al gitano que de una manera tan sañosa le habia amenazado con su insistente y lúgubre mirada.

Era en efecto Joselito el Pinto, el chalan.

XVII

D. Juan habia logrado al fin ganar el tronco del árbol y por él un estrecho resalto de la cortadura.

Se habia salvado, si las heridas que habia recibido no eran mortales.

Se sentía dolorido en la espalda y la sangre continuaba corriendo.

La situacion para él era horrible.

El terror le enmudecía.

Sentía que un vértigo denso se apoderaba de él.

Que su cuerpo se cubría de sudor frio.

De repente una voz desesperada, espantosa, gritó con una fuerza desesperada:

—¡Socorro!

Era la voz de Joselito.

Lució un nuevo relámpago.

Don Juan con un extraordinario esfuerzo de voluntad habia logrado dominar aquel vértigo que podría precipitarle de su estrecho y difícil apoyo.

Vió, aunque instantáneamente, el desencajado semblante del gitano.

Sus ojos espantosos por el terror.

Un verdadero semblante de demonio.

La rama á que estaba asido pendiente de la cual su cuerpo se balanceaba en el espacio, se doblegaba. Era una rama débil y se oía el crujimiento de su desgajo.

No podía sufrir el peso del gitano que era corpulento.

—¡Socorro! volvió á gritar con más fuerza y más desesperacion que ántes.

Entre aquellos dos gritos habia mediado, como entre los dos relámpagos, muy corto espacio.

De improviso se oyó un crujimiento mayor que cesó instantáneamente.

La rama habia acabado de desgajarse.

Al mismo tiempo habia resonado un grito de agonía.

Un verdadero alarido.

Poco despues brilló un relámpago deslumbrador más persistente que los anteriores.

D. Juan no vió á nadie.

Joselito el Pinto habia desaparecido.

Inmediatamente despues del relámpago sonó es-

pantoso un trueno semejante á una inmensa detonacion, y creció la fuerza del aguacero.

La tormenta estaba en su apogeo.

Parecia que el relámpago y el trueno se precipitaban entre los montes sobre las Angosturas.

XVIII

D. Juan gritó á su vez.

Pero el fragor de la tormenta cubria de tal manera su voz que no era de esperar la oyese en la cueva.

—¡Si al menos no estuviese herido! exclamó D. Juan.

La angustia y el miedo le atormentaban.

El frio le producía un espasmo insoportable.

Bajo la accion de aquella lluvia torrencial que, calando su ligero traje, corría á lo largo de su cuerpo, desfallecia.

Se agitaba en una convulsion penosa.

Tenia el cuerpo en una estrecha saliente de la cortadura y seguía asido á las ramas del árbol.

Aquel árbol era una higuera salvaje ó loca, como las llaman en el país, que agarraba como una araña sus retorcidas y ásperas raíces al flanco de la cortadura, á veinte metros cuando menos bajo el puente.

De esta higuera al pendiente y pedregoso lecho por donde se precipitaba saltando el rio, habia por lo menos otros diez metros de profundidad.

Se oía un ruido sordo que acrecía rápidamente.

Era el del rio que aumentaba acrecido por las vertientes de los montes.

Don Juan no sabía ya si aún corría la sangre de sus heridas ó si la lluvia casi helada que le empapaba la habia detenido.

Pero no sentía ese desfallecimiento que sobreviene cuando se ha perdido una cierta cantidad de la sangre.

No sentía tampoco el dolor de las heridas.

Habia retenido la respiracion y le habia tranquilizado en gran parte esta prueba.

—¡Si Dios quisiera, dijo, que fuesen dos heridas leves! ¡tal vez por la oscuridad midió mal la distancia! ¡tal vez por fortuna no estaba tan cerca de mí como hubiera sido necesario para matarme! ¡ha pasado ya un largo espacio desde que fui herido y conservo todo mi vigor!

Como se ve, D. Juan estaba ya más sobre sí, puesto que raciocinaba.

Se puso á rezar.

La oracion, la esperanza en Dios, le dieron más fuerza.

Entonces á la brillante luz de un relámpago vió, que un poco más arriba del lugar en que la higuera loca arraigaba, habia una ancha covacha festonada de hiedra y de madre selva.

Se asió á ellas y probó su resistencia.

Se cercioró de que le podían sostener.

Agarrado á ellas se puso de pié, y sin dificultad logró penetrar en aquel hueco que era bastante profundo para protegerle del viento y de la lluvia.

XIX

La tormenta continuaba desencadenada, espantosa.

Era inútil gritar.

D. Juan, por aliviarse del miedo que le causaba una agonía insoportable, buscó fuerzas en sí mismo.

—Mi situacion no es tan desesperada como parece, pensaba: el abrigo de este hueco me ha reanimado: no me siento del todo mal: mis fuerzas crecen: las noches son cortas: dentro de tres horas amanecerá: la tormenta habrá pasado, habré gritado, me habrán oído, me habrán socorrido.

Esta razonable esperanza le fortaleció más y más.

Pudo pensar ya en algo más que en sí mismo aunque relacionado con su situacion.

—¿Qué habrá sido del otro? dijo; ¡el miserable, el asesino! ¡el infame! ¡no debe de amarle ella! ¡si le amara, él no hubiera sentido unos celos tan rabiosos!

Y mientras murmuraba esto con las dos manos vueltas á su espalda se palpaba las dos heridas que apenas perceptibles al tacto, se manifestaban más por el dolor que producían al ser tocadas.

Pero un dolor ligero; un escozor.

Se tranquilizó más.

Sus ropas mojadas le molestaban mucho pero no de una manera intolerable.

El espasmo y la convulsion que era su consecuencia habian disminuido en gran manera.

Su sentimiento se esclarecía.

Y no decimos su razon, porque en sus ideas y en el sordo acento con que las formulaba habia aquello que podía llamarse insensatez, de que parecia estar constantemente poseído.

(Continuad)

SIEMPRE LA VERDAD

¿Ustedes habrán oído nombrar á esa señora?

Yo tambien.

¿Y oirán Vds. hablar de verdades como quien oye llover?

Lo mismo me sucede á mí.

Cuando yo era niño, siempre me recomendaban mis padres y maestros en primeras materias, ó en primeras letras, que no faltase á la verdad.

Nunca he faltado á las damas, á sabiendas.

Pero el niño se convierte en persona mayor, como nos denominamos á nosotros mismos, y segun cambia de pastos, muda de opiniones.

Así decia un respetable caballero andaluz, viendo á la verdad pintada en un lienzo y simbolizada en una mujer en cueros y con un espejo en una mano:

—Hasta que la han dejado sin camisa no han cesado los embusteros: aborrezco á la mentira; por no oír embustes á un mi compadre y amigo, me vine de Sevilla y cedí á la Beneficencia dos mil casas y ochenta mil fanegas de terreno de regadío que poseía en aquella provincia.

Después de decir esto solía pedir un cigarro ó dos duros.

Nadie miente: todos los hombres... y las mujeres, lo cual es aún más sorprendente, condenan la mentira.

La verdad en el arte, la verdad en la literatura, la verdad en la ciencia, la verdad en el baile y la verdad en la tauromaquia. No se busca otra cosa con verdadera ansiedad.

Hasta un industrial del género lúgubre ofrece al país atemorizado por el título, su establecimiento de petacas y carteras de viaje para difuntos, denominado: «La última verdad.»

Esta es la única que el hombre no desea descubrir.

—¿Qué tal va el chico?—pregunta un padre al profesor que *desasna* á la criatura,—dígame V. la verdad.

—¿La verdad?—repite el maestro, sonriendo con benevolencia.

—Sí, no me engañe V.; porque si es torpe ó no sirve, le *saco* del colegio inmediatamente y le *meto* en un oficio mecánico en seguida.

¡Para que el pobre preceptor diga la verdad!

Dos ó tres docenas de verdades que diga á los padres y se queda sin un chico y sin comer.

Así es que responde sin vacilar siquiera y acallando el grito de su conciencia ilustrada:

—El niño es un monstruo.

—¿Cómo?—pregunta alarmado el progenitor del muchacho.

—Un monstruo de talento: me pide V. que le diga la verdad, y se la digo: espontáneamente no me gusta decir estas cosas, porque ellos se creen... con el tiempo, y las adulaciones paternales ó extranjerías... quiero decir, extrañas, les perjudican en su porvenir.

—Es verdad.

—Ya lo creo que es verdad: vale más que se crean tonos, porque....

—Pues....

—Porque algunos, por ejemplo, como el de usted, aciertan.

¿Qué puede suceder mintiendo? ¿que el muchacho lleve á pollino antes de llegar á hombre?

¿Con esto qué pierde el profesor?

Si Vds. por su desgracia, conocen á algun jóven que *construya* dramas, se verán á cada momento en el compromiso de mentir.

¿Quién es el vecino honrado que no ha sufrido siquiera la lectura de un drama inédito?

—Quiero que me diga V. la verdad,—así empieza el autor,—la verdad sin rodeos, y si el drama es malo, verá usted como le rompo.

—Hombre, yo no soy voto, ni tengo autoridad,—replica el paciente, para librarse del sufrimiento.

—Ya lo creo; para mí nadie como V. que es un escritor con casa abierta ó que es uno de los primeros y más reputados almacenistas de géneros ultramarinos.

Pues, á pesar de los alardes de modestia del jóven que se siente genio, díganle Vds. que el drama es malo; díganle Vds. la verdad, y cuenten con un enemigo mortal hasta la eternidad.

—¿Qué le parece á V. la escena en que la dama figura que se desmaya en el campo?

—Que debería recogerla la guardia civil.

—¿A la dama?

—Y á la escena.

—¿Y la versificación?

—Tambien es campestre.

—Y aquello de....

«Porque le pedí el castillo
que era de mi pobre hermana
que murió en edad temprana,
me contestó que era un pillo.»

¿Es fácil, verdad? muy fácil; digo, me parece.

—Y á mí; revela esa facilidad con que se escribe un disparate.

—¿Qué opina usted que debo hacer en la obra? La verdad.

—Hombre, mire V.; yo en lugar de V. lo que haría....

—¿Qué? la verdad.

—Pues usarla dentro de casa, porque para el público me parece peligrosa.

—¿Peligrosa?

—Sí, peligrosa para V., que, segun mi opinion, se verá obligado á salir de España para la emigracion.

Pregunten Vds. á un niño la verdad respecto á cualquier delito casero de que se le supone autor, y si confiesa, casi puede contar con una paliza ó con un puntapié, por lo ménos, seguro.

Pedir á la novia que diga la verdad respecto á cualquier asunto, relacionado con la infidelidad, es pedir golle-rias.

—¿Dónde has estado hasta estas horas?—pregunta una esposa á su marido que llega con retraso de dos horas, por consecuencia de un descarrilamiento.

Como el amante esposo responda:

—Voy á decirte la verdad: es indudable que se propone engañar á su mujer.

¿Pero cómo, con qué cara, como dice la gente, habia de decirla?

—Mira, no te enfaden mis revelaciones; vengo de casa de un amigo con asistencia; vamos, con amiga inclusive; hemos cenado fuerte, muy fuerte; tan fuerte que el vecino del principal golpeando en el techo nos recordaba que habia ya pasado la hora del ejercicio y de la actividad mercantil é industrial.

A una mujer fea, díganla Vds. la verdad.

A un cómico malo ¿cómo se le puede decir sin desvergüenza:

—¿Porqué no se dedica V. á la agricultura? Hay falta de brazos y sobra de cómicos malos como V., *verbi gratia*.

¡Si en pleno Congreso se dijera la verdad!

¡Si en sociedad dijéramos siempre la verdad de nuestros sentimientos, qué sinnúmero de bofetás, palos, balazos y estocadas registrarían diariamente y con verdad los juzgados de primera instancia!

¡Ah! Si pudiéramos decir al casero cuando pregunta:

—¿Piensa V. pagarme? la verdad?

—Pues la verdad, apreciable y aplaudido propietario, no señor.

Pero vivimos en el mundo de la mentira.

Y sin embargo, oirán Vds. decir á la mayoría de las personas que blasonan de serias y formales:

—A mí nadie me diga más que la verdad; yo siempre digo la verdad; la verdad por delante.

Siempre la verdad.

¡Desgraciados! ¡Ah!

(Me parecia que este artículo no podía acabar bien, sino en el estilo dramático. La verdad en el arte.)

EDUARDO DE PALACIO.

LO INMORTAL

(Cuento)

Los condes de Añorbe tenían en sus Estados, por aquella edad venturosa que medió entre 1793 y 1808, todo lo que puede desear un mortal codicioso de oro, gloria y placeres.

Más de 200 leguas de bosque, sembradas de pueblillos y caserío, rentaban sin cesar, hora por hora, 1,000 ducados en cada una, á los nobilísimos señores de Añorbe. En medio de la negrura de estos espesos encinares y del verde severo de más de 500 hanegadas de olivar, lucían algunos estanques, como escudos de oro abandonados por gigantescos paladines, en momento de pereza ó cansancio.

Cuando era el mes de mayo, los rebaños del opulento señorío ocupaban todas las cañadas de la serranía y descendían al llano por noviembre, alegrando 20 leguas de tierra con el campanilleo de sus esquilas y los cánticos de sus pastores.

* *

En el centro de los Estados de Añorbe, alzabase el castillo señorial, notable pieza arquitectónica, de gusto medio florentino, medio jónico, con su *belvedere* en que se atesoraban lienzos de Rubens y el Ticiano y una buena coleccion de obras de nuestros místicos, desde el místico pájaro Murillo, hasta el místico dragon Rivera.

Una particularidad terrible llenaba de sombras aquella mansion real. Un voto antiguo, heredado y perpetuado desde el siglo XI, en que el primer Añorbe lució conal corona, gobernó Estados y rigió milicias y cobró annatas, obligaba á los condes á permanecer célibes, á no usar de mujer, á conservar su virginidad, y á no dar, por tanto, sucesion á sus títulos y grandezas. Venia á heredarlas siempre un pariente, sobrino ó alnado, que habia de ser soltero para poder quedar obligado á aquella moral cast- racion.

Así, iba la fortuna colosal de Añorbe atravesando la historia y los siglos, y su palacio, sin tener esa jubilosa fisonomía del arte itálico griego, parecia un mausoleo donde, no cadáveres en polvo y ceniza, sino hombres muertos en lo espiritual, no vivían, sino que más bien digerían la vida. Los diez salones de amplitud circense que daban vuelta á la principal plaza de armas, con sus espejos anchos como mares y cuyos marcos de prolija talla eran un desbordamiento de gongorina labor, con sus muebles de raso y concha, con sus pebeteros de oro, sus alfombras de terciopelo y sus bordados tapices, con su pueblo de lacayos y servidores vestidos riquísimamente

y su actividad festera no interrumpida, producían la impresión que produce la muerte; y el lujo hacia más honda esta impresión, porque entre las sonrisas del oro, el chispeo de los brillantes y el fulgor de los espejos, se destacaba con más crudeza la idea de aquella familia que era la negación de la familia, de aquel hogar donde nunca podía lucir la llama del amor, de aquellos condes eunucos que procuraban en vano derrochar en vida una fortuna de que no podían disponer en muerte.

* *

Cuando Anatolio Francisco Javier, conde de Añorbe, cumplió los 50 años, trajo á su palacio á un sobrino cuarto, de diez y seis años, que estudiaba música y cánones en la maestría de Calbardos. Era un mozo plácido, con menos carne que un estoque, de ojos azules, de labios descoloridos y de andar trémulo. Sus juegos infantiles fueron decir misa en altares de cartón, engalanado con casullas de papel y talco. Jamás tuvo asomo de noviazgo. Su carne, transparente como la hostia, sólo podía encerrar bondades celestiales, eucarísticas virtudes y píos anhelos.

—Hé aquí, mi buen Cruz, —dijo el conde de Añorbe una noche á su sobrino, — que la muerte me acomete. He tenido que entregarle mis piernas y ella me ha puesto en ambas los grillos de la gota. El corazón está dándome sus últimas horas de servicio... Máquina cansada... Sus muelles se enmohecen... Hora es de que descansen.

Iba oscureciendo y estaban tío y sobrino en la Biblioteca cuyos cuadros, medio ocultos en la sombra, parecían querer borrarse en aquella hora en que la luz se va. Cruz Añorbe se asustó. Las palabras de su tío tenían cierto tono de ferocidad, de desesperación, de desconsuelo.

—He sido un bandido, un asesino, —dijo el conde. —¡Vos!... Imposible.

—Sí, mi buen sobrino. Nuestra familia tiene puesto en su alma el sello de Satanás.

—¡Jesus, Dios mío! —dijo el santo mancebo con mogigata compunción.

—Has de saber que allá, en el oscuro siglo XI, un conde de Añorbe hizo pacto con el diablo. El diablo le otorgó un licor de inmortalidad á cambio de su alma. Ese licor está encerrado en un pomo que se custodia en el arca de roble de nuestro aposento. «Cuando tú mueras, —le dijo el diablo á nuestro abuelo, —basta que te froten las articulaciones todas de tu cuerpo con este licor para que sobrevivas, resucites y te hagas eterno.

Te doy este bálsamo á cambio de que te obligues á darme tu alma. Es más: ese bálsamo está compuesto del sudor de mi caballo Belial y de sangre de mis venas. Es nuestra sustancia, tiene nuestra fuerza, os hará perversos y poderosos como á nosotros... Pero dejareis de tener hijos. Yo soy estéril, no engendro. La virtud de crear sólo es de Dios. Así, pues, vosotros, que sereis mi criatura, mi hechura, mi trasunto, tendreis mis riquezas, mi autoridad, mi fuerza, mi eternidad, pero también mis imperfecciones. No podreis tener hijos.» De esta manera habló á nuestro abuelo el diablo que se le había apa-

recido en la figura de una hermosa bayadera, orlada la garganta con hilillos de perlas y con una sonrisa bermeja en la pecadora y hermosa carilla.

—Pero el diablo, —dijo Cruz, haciéndose una muy reverente en la frente, —no cumplió su palabra puesto que nuestro abuelo no fué inmortal.

—Sí, la cumplió. Pero, oye... esto es lo horrible. Nuestro abuelo llamó á un sobrino para que le heredase, é *in articulo mortis* le reveló el secreto, como yo lo hago contigo y le encargó que así que hubiera muerto le fro-tase las articulaciones con el bálsamo diabólico... y el

seguía moviéndose con estremecimientos vigorosos y terribles. Conducido al mausoleo, aún se escuchaba á través de las paredes de mármol el movimiento de aquel brazo, músculo inmortal de un hombre muerto.

* *

¿Y este cuento que prueba? que hay una sola cosa inmortal.

LA FUERZA.

JOSÉ ORTEGA MUNILLA

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



LA CASTELLANA, cuadro por C. Probst

infame sobrino no lo hizo... porque viendo á su tío muerto y á él en posesión de sus riquezas, pensó con infernal astucia: «Si este muerto resucita, yo dejaré de ser el conde, el rico, el poderoso. Muerto está, dejémosle entregado á la ley terrena que manda que todo perezca, y guardemos el licor para que me sirva á mí...»

—Desde entonces, —añadió con voz ahogada el conde tras breve pausa, — todos los condes han sufrido igual deslealtad. Sus herederos han dejado el bálsamo en el frasco y á sus tios en la tumba...

—¿Y V.? —preguntó con horror Cruz.

—¿Yo?... Yo he hecho como los otros. He dejado á mi tío en la huesa, y el bálsamo del diablo continúa sin que se haya gastado de él ni una gota.

Aquí el conde prorumpió en un arranque de lágrimas y abrazándose á su sobrino dijo:

—Yo no quiero morir: por eso te he llamado á tí que eres un santo, incapaz de la infamia que todos hemos cometido con todos nuestros antepasados... tú lo harás, sí, tú no me dejarás morir: ya sabes dónde está el frasco que contiene el licor de la eternidad. Así que muera, ya sabes cuál es tu misión.

* *

De allí á una hora murió el conde, y su sobrino lleno de espanto subió al aposento, recogió con mano crispada y convulsa el pomo diabólico que estaba cincelado con sobrehumano arte, y bajó á la biblioteca donde el cadáver de su tío yacía. Puesto de hi-nijos delante de él, le desnudó. Ya estaba el cadáver frío, y el contacto de aquella piel le produjo á Cruz espasmos nerviosos. Destapó el pomo, frotó con el líquido azul que contenía en la sangría del brazo derecho del cadáver.

Una fuerza hercúlea se desarrolló en aquel brazo ya frío, que estrechando el cuerpo de Cruz, le atrajo hácia sí cariñosamente.

Aterrado Cruz, perdió el sentido, escapóse de su mano el frasco, y el licor azul se derramó por el suelo.

* *

Al día siguiente los criados encontraron en la biblioteca dos cadáveres; el del conde tenía enlazado con su brazo derecho á Cruz. Fuerzas terribles hubo que hacer para desasirle. El pobre Cruz había muerto por asfixia.

El brazo derecho del conde se movía sin cesar dando fuertes puñadas en el aire. En vano quisieron sujetar aquel brazo. Dentro de la caja fúnebre el brazo